

EL CANTO A IGNACIO SÁNCHEZ MEJÍAS

Entre las elegías, tenemos en nuestro idioma composiciones maravillosas: bastaría citar las coplas dedicadas por Jorge Manrique a la muerte de su padre el maestre don Rodrigo; el «Llanto», de Federico García Lorca, por Ignacio Sánchez Mejías, y la elegía de Miguel Hernández a la muerte de su amigo Ramón Sijé: aparte de las dedicadas por Darío a Verlaine, por Vallejo a Alfonso de Silva, por Antonio Machado a Darío y por Gerardo Diego a César Vallejo, comparables con las de los grandes poetas antiguos: Catulo, Tibulo, Ovidio y Propertio, maestros de la elegía. Quedan aún algunos poemas por mencionar: Fernando de Herrera a la muerte del rey don Sebastián, los Nocturnos de Manuel Acuña a Rosario de la Peña y de José Asunción Silva, «*Gratia plena*» de Amado Nervo, y algunas elegías más.

Circunscribámonos ahora a la del andaluz Federico García Lorca, la que hirió la sensibilidad del idioma con una pureza sin igual en la estrofa castellana.

«Eran las cinco en punto de la tarde» cuando se realizó la cogida del torero Ignacio Sánchez Mejías, amigo del poeta, dando lugar a que en la primera parte del poema, «La cogida y la muerte» se insistiera hasta la temeridad en el redoble de esa hora maldita, cuando el sol está a punto de voltear y la tarde se destiñe amarillenta.

Las circunstancias de la cogida dan lugar a la exaltación del hecho, con figuras brillantes que confieren al poema un tono de epinicio y llevan a encantar al lector por su atrevimiento y lucidez:

Una espuerta de cal ya prevenida
[...]
Y el óxido sembró cristal y níquel
[...]
Ya luchan la paloma y el leopardo
[...]
Y un muslo con un asta desolada
[...]
Las campanas de arsénico y el humo
[...]
Cuando el sudor de nieve fue llegando
[...]
La muerte puso huevos en la herida
[...]

Huesos y flautas suenan en su oído
[...]
Trompa de lirio por las verdes ingles
[...]
¡Ay, qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

Ha llegado el relato al paroxismo; se desnuda la voz y rompe en expresiones de silencio. Cada punto aparte termina citando la cifra del momento supremo de la cogida, «Las cinco en punto de la tarde».

¿De dónde saca el poeta tanto argumento? ¿Qué lo lleva a traducir con frases acabadas tanta realidad inmovilizada con palabras benditas, recién inauguradas para dar realce al relato, comunicarle esencia hasta convertirlo en irrealidad maravillosa? ¿Serán, acaso, los motivos supremos de la muerte los que lo acongojan y acogen para lanzar tanta belleza junta? ¡Ah, la muerte, cuánto ha creado! Tema eterno que nadie puede soslayar y que, al fin, se entrega a la pureza del alma.

La segunda parte, «La sangre derramada», tiene un cambio, un arrobamiento genial; el poeta se arrodilla en la misma arena para negarse a contemplar la sangre derramada: «¡Que no quiero verla!». Sin embargo, va anunciando lentamente las escenas de la agonía, la conducción del herido hasta el tópic, subiendo las gradas «Con toda su muerte a cuestras»; la desesperación por buscar el amanecer, es decir, la vida; pide testigos presenciales: que venga la luna, que avisen a los jazmines «Con su blancura pequeña». El herido

busca su perfil seguro,
y el sueño lo desorienta.

Y por último, busca su hermoso cuerpo «Y encontró su sangre abierta». Increpa a quien le grita que se asome a ver la escena que no quiere verla. Luego elogia la valentía del torero, diciendo que no cerró los ojos cuando vio los cuernos cerca,

No hubo príncipe en Sevilla
que comparársele pueda,
ni espada como su espada
ni corazón tan de veras.

Luego, empleando la figura de la repetición trama estos sublimes versos:

¡Qué gran torero en la plaza!

¡Qué buen serrano en la sierra!
¡Qué blando con las espigas!
¡Qué duro con las espuelas!
¡Qué tierno con el rocío!
¡Qué deslumbrante en la feria!
¡Qué tremendo con las últimas
banderillas de tiniebla!

¡Qué sucesión de gradas amorosas, que excelsitud de exordio, texto del cuerpo y término del canto! La belleza y la fuerza se armonizan para parir un duelo de frases armoniosas.

Termina la elegía con «Alma ausente», donde, con la mayor mansedumbre, desenvuelve el discurso de suavidad y melancolía tan silenciosamente como «en un montón de perros apagados». Se vuelve a referir, en tono elogioso, al matador, terminando con este bello cuarteto:

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan claro, tan rico de aventura.
Yo canto su elegancia con palabras que gimen
y recuerdo una brisa triste por los olivos.

El canto a Ignacio Sánchez Mejías. Diario *La Industria* de Trujillo.
15/06/95